

DULZURA DEL LIBRO DE LOS SALMOS

El libro de los Salmos ofrece una colección de poesías dedicadas a Dios; a la vez son oraciones y canciones salidas de un alma creyente. Los Salmos se dirigen a Dios, lo exaltan, lo invitan a actuar, lo reconocen, le hacen preguntas y le suplican respuestas. Los Salmos nos enseñan a hablar con Dios como amigo, con plena sinceridad, pero a la vez reconociendo que Él es Dios y nosotros somos su creatura.

Los Salmos nos muestran una espiritualidad que oscila constantemente entre la esperanza y la angustia, la duda sincera y la confianza plena, la adoración y el arrepentimiento, la pena y la alegría. Los Salmos nos ayudan a entender todos los sentimientos y actitudes que forman parte de la existencia humana.

Su mejor aportación es que nos muestran la mejor manera de entender y vivir todas las circunstancias de nuestra existencia en diálogo con Dios, y nos muestran quien es la fuente misma de la vida, cuyo carácter fiel, justo y bondadoso, no cambia jamás.

Recordemos una página de los *Comentarios sobre los Salmos* de san Ambrosio, obispo de Milán, que habla precisamente de la dulzura del libro de los Salmos:

“Aunque es verdad que toda la sagrada Escritura está impregnada de la gracia divina, el libro de los salmos posee, con todo, una especial dulzura; el mismo Moisés, que narra en un estilo llano las hazañas de los antepasados, después de haber hecho que el pueblo atravesara el mar Rojo de un modo admirable y glorioso, al contemplar cómo el Faraón y su ejército habían quedado sumergidos en él, superando sus propias cualidades, cómo había superado con aquel hecho sus propias fuerzas, y cantó al Señor un cántico triunfal.

También María, su hermana, tomando en su mano el pandero, invitaba a las otras mujeres, diciendo: Cantaré al Señor, sublime es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar.

La historia instruye, la ley enseña, la profecía anuncia, la reprensión corrige, la enseñanza moral aconseja; pero el libro de los Salmos es como un compendio de todo ello y una medicina espiritual para todos. El que lo lee halla en él un remedio específico para curar las heridas de sus propias pasiones. El que sepa leer en él encontrará allí, como en un gimnasio público de las almas y como en un estadio de las virtudes, toda la variedad posible de competiciones, de manera que podrá elegir la que crea más adecuada para sí, con miras a alcanzar el premio final.

Aquel que desee recordar e imitar las hazañas de los antepasados hallará compendiada en un solo salmo toda la historia de los padres antiguos, y así, leyéndolo, podrá ir la recorriendo de forma resumida. Aquel que investiga el contenido de la ley, que se reduce toda ella al mandamiento del amor (porque el que ama a su prójimo tiene cumplido el resto de la ley), hallará en los salmos con cuánto amor uno solo se expuso a graves peligros para librar a todo el pueblo de su oprobio; con lo cual se dará cuenta de que la gloria de la caridad es superior al triunfo de la fuerza.

Y ¿qué decir de su contenido profético? Aquello que otros habían anunciado de manera enigmática se promete clara y abiertamente a un personaje determinado, a saber, que de su descendencia nacerá el Señor Jesús, como dice el Señor a aquél: A uno de tu linaje pondré sobre tu trono. De este modo, en los Salmos hallamos profetizado no sólo el nacimiento de Jesús, sino también su pasión salvadora, su reposo en el sepulcro, su resurrección, su ascensión y su glorificación a la derecha del Padre. El salmista anuncia lo que nadie se hubiera atrevido a decir, aquello mismo que luego, en el Evangelio, proclamó el Señor en persona”.